

## XI

## CONCLUSIÓN

Tantos beneficios obtenidos á los pies de Nuestra Señora del Carmelo, tantas curaciones obradas en su santuario bendito, debían naturalmente despertar la devoción de los fieles. Efectivamente innumerables son los exvotos que penden de los muros de ese templo, testimonios fidedignos de la gratitud de las almas.

Diariamente se ven arrodillados á los pies de María, madres afligidas, esposas inquietas, pobres enfermos á implorar la ternura de la mejor de las madres. Á la hora de cerrar la iglesia por la noche se ven deslizar como sombras, personas que habían ido á desahogar su corazón en el de María, y salen resignadas y tranquilas. Pero además de estas romerías privadas se han realizado otras públicas que han contribuído notablemente á conservar la fe en la isla de Guadalupe.

**Autoridades.** Monseñor Manuel Canappe, dignísimo obispo de Guadalupe, se dignó comisionar al señor cura del Carmen, el abate Ernesto Roques, para que me proporcionase datos referentes á esta milagrosa imagen. Con celo y urbanidad dignos de todo elogio cumplió su cometido remitiéndome exacto resumen del libro del abate Morlot, que es un Mes de María, y la fotografía de la imagen que hizo sacar en su misma presencia. Poseo el certificado con el sello correspondiente de que esta reseña es fiel y exacta.

## CAPÍTULO XX

## Nuestra Señora de Siparia en la Isla de Trinidad

Á pocas millas de las costas de Venezuela, en el golfo de Paria, y á los 10° de latitud norte se encuentra la isla de Trinidad. Se la considera formando parte del archipiélago de las Antillas, por más que en realidad sea una dependencia geológica, orográfica y geográfica de Venezuela. Tiene forma cuadrangular como Puerto Rico, y su área mide 4544 metros cuadrados. El clima es caluroso como los de los países tropicales de bajo nivel, distinguiéndose dos estaciones, la de las lluvias y la de sequía. Su capital es la ciudad de Puerto España, una de las más bellas de la América central, puerto donde se reúnen buques de todas las naciones. Entre los principales elementos de riqueza cuéntase el asfalto, que se extrae principalmente del lago Picht Lake, que se calcula tiene cuatro millones quinientas mil toneladas de esta sustancia.

Descubrió esta isla Cristóbal Colón en 31 de Julio de 1498, y perteneció á España hasta Febrero de 1797 en que la conquistaron los ingleses, conquista que ratificó España en 1802 con el tratado de Amiéns. Cuenta con unos doscientos cincuenta y nueve mil habitantes entre ingleses, españoles, franceses, negros y culíes del Indostán, que el gobierno contrata para que se dediquen á la agricultura.

La isla de Trinidad es archidiócesis residiendo el Arzobispo, que hasta la fecha ha sido de la Orden de los

Dominicos, en Puerto España, y su jurisdicción se extiende á las islas Tobago, Granada, Granadinas, San Vicente y Santa Lucía. Tiene por sufragánea la diócesis de Roseau en la Dominica. En la isla de Trinidad se veneran dos imágenes célebres de Nuestra Señora.

Aquí nos ocuparemos de la que tiene su santuario y se llama *Nuestra Señora de Siparia*.

Á siete millas de Oropenche se encuentra Siparia, aldea de corto vecindario; pero muy feliz en razón de poseer, cual rica mina de tesoros espirituales, el santuario de la Virgen bajo la advocación de la Divina Pastora. El pueblo sin embargo se complace en llamarla Nuestra Señora de Siparia, y por tal es conocida en toda la isla. Á falta de documentos escritos, la tradición refiere que dicha imagen es antiquísima, y que probablemente la llevaron los españoles. Los indios la encontraron en medio de espesas selvas, y allí le edificaron sencilla ermita. Años más tarde quisieron trasladarla á Oropenche, lugar más accesible para los romeros; pero la Santísima Virgen se dignó manifestar su voluntad soberana de que se la dejara en el paraje donde se había aparecido.

El santuario actual resulta muy pobre é impropio de la Reina del universo; por eso el digno capellán, D. M. Osenda, que lleva doce años en su grato empleo, trabaja en reunir materiales y fondos para levantar una basilica que corresponda á los nobles sentimientos de los católicos.

Celébrase la fiesta de Nuestra Señora de Siparia el segundo Domingo después de Pascua, en que se lee en la misa el evangelio del Buen Pastor. Acuden romeros de las pequeñas Antillas y también de Venezuela y Brasil. Diariamente frecuentan fieles el bendito santuario, especialmente en la cuaresma, que cae en la estación seca; y lo que es más raro, acuden más protestantes

que católicos. Muchos no saben rezar el rosario, y lo ponen sobre la alcancía. Los mismos culies alcanzan permiso de sus amos para visitar á Siparia en cuaresma. Nada los puede detener. *La policía tan severa* en otras ocasiones, en la cuaresma, y tratándose de Nuestra Señora de Siparia, nunca les pide el pasaporte. El día más concurrido por los culies es el Viernes santo. Desde la una de la madrugada á las dos de la tarde, llenan la iglesia, y nada es capaz de separarlos de allí. Por lo menos ochocientos ó mil culies hacen en ese día sus devociones con orden y respeto. Por cierto que se refieren curaciones maravillosas obtenidas en Siparia por lo cual muchos le han dado el título de *el Lourdes de la isla de Trinidad*.

## CAPÍTULO XXI

### Nuestra Señora de Laventille en la Isla de Trinidad

---

Al este de la ciudad de Puerto España se alza una cadena de colinas y montañas á la cual se ha dado el nombre de Montes de Laventille. En la cima de una de esas colinas, á cuyo pie se levanta la ciudad, hase construido una capilla á Nuestra Señora de Loreto, más conocida con el título de *Nuestra Señora de Laventille*. En tres cuartos de hora se sube al monte y se llega al santuario. «Desde la meseta en que se levanta la modesta capilla, dice un elegante escritor, se divisa un grandioso panorama. Extiéndense al este las llanuras de San José y Caroní, esmaltadas acá y allá de casas blancas y plantaciones de caña de azúcar; al norte el horizonte está limitado por las montañas de Maraval y Santa Cruz; al oeste y sur las miradas gozan en recorrer la ciudad de Puerto España con sus calles cortadas en ángulos rectos, la curva inmensa de aquellas riberas, el golfo de Paria en donde tremolan todos los pabellones del mundo; varios islotes cubiertos de perpetua verdura, en fin, en lontananza las altas cumbres de las montañas venezolanas. Parece que allí se ha reunido cuanto bello y suave hizo Dios para formar un templo magnífico á la Reina de todas las bellezas de la naturaleza y de la gracia».

Este santuario es moderno. En 1874 una pobre señora cedió á los Padres Dominicos, encargados de la misión de Puerto España, una parcela de terreno sobre dicho

monte para que construyeran devota ermita. El R. Padre Violette aceptó el donativo y construyó un humilde oratorio de tapia con techo de palma y lo dedicó á Santo Tomás de Aquino. Dos años se dedicó el celoso Misionero á evangelizar allí á los vecinos en compañía de otro religioso de su orden, el Hermano Andrés, y de algunas gentes piadosas á quienes enseñaban el catecismo. Todas las tardes se rezaba el Rosario, y en cuaresma el Viacrucis. El fruto recogido fué abundantísimo, pues se morigeraron las costumbres, los fieles se instruyeron en la fe, y no pocos niños y adultos tuvieron la dicha de hacer su primera comunión.

Después la obediencia destinó á otro coadjutor, el Hermano Santiago, para que continuase la obra tan felizmente iniciada por el P. Violette, y llenó á satisfacción su cometido, porque atendía al aseo de la capilla, catequizaba á los niños y gente ruda, y su palabra, como salida de un pecho inflamado de caridad, producía benéficos resultados.

En 1878 Monseñor Godín, Arzobispo de Trinidad, regaló á la capilla de Laventille una estatua de madera de la Santísima Virgen, que si no es perfecta obra de arte, no deja de tener gracia y hermosura. Representa á la Madre de Dios de pie sosteniendo en el brazo al Niño Jesús, el cual tiene en una mano el mundo y la otra en ademán de bendecir. Algunos creen que dicha imagen vino de Francia y es bastante antigua; pero no hay datos fidedignos que acrediten su origen.

Con el obsequio de la imagen todos quedaron complacidos; pero se convencieron que era menester edificarle una capilla más capaz y decente. El vecindario había aumentado y la primitiva capilla no podía contener á los fieles deseosos de oír la palabra de vida. Á pocos pasos de distancia y en la hermosa esplanada, desde donde se divisa el inmenso horizonte á que nos

hemos referido, existía cierto terreno perteneciente á una negra anciana que vivía sola en choza desmantelada. Se le propuso contrato de venta, á lo que se avino de buena voluntad, exigiendo como precio la cantidad de ochenta pesos fuertes.

En Mayo de 1879 se empezó á construir la modesta capilla de madera, permaneciendo entre tanto la imagen en la ermita de Santo Tomás. Los vecinos á causa de su pobreza no podían contribuir con dinero; pero en cambio trabajaban materialmente, y era edificante ver ancianos, doncellas y niños acarrear agua, piedras y arena para el edificio. Con tanta actividad se emprendieron las obras que el 23 de Junio del mismo año ya estaba dedicada la capilla á Nuestra Señora de Loreto.

Apenas colocada la estatua de María en el nuevo santuario, empezaron las peregrinaciones, que han ido aumentando progresivamente. Léase sino lo que decía uno de los miembros de la asamblea reunida en 1881 bajo la presidencia de Monseñor Godín: «Como dos años hace que acuden á esta capilla personas de diversas condiciones, á pedir favores á nuestra Señora de Laventille y darle gracias por los ya recibidos.»

Desde los primeros monumentos históricos de las misericordias de María hasta los tiempos por que atravesamos, parece que la soberana Señora, tuvo predilección especial por los altos montes para hacerlos tronos de sus bondades y larguezas. El Carmelo y el Hebrón en los antiguos tiempos, Lourdes, La Salette, Pompeya en los modernos; y desde las edades medias los santuarios de Nuestra Señora de Montserrat en Cataluña, Nuestra Señora de Begoña en Vizcaya, Nuestra Señora de Valvanera en la Rioja, Nuestra Señora de la Guardia en Marsella, Nuestra Señora de Fourvières en Lyon, Nuestra Señora de Guadalupe en Méjico, Nuestra Señora de Andacollo en Chile, Nuestra Señora de la Delivrance

en San Pedro de Martinica, y otros innumerables santuarios son emporios de la realeza de María. Era de consiguiente muy á propósito para trono de la Reina y Madre de los hombres en Puerto España, la meseta que domina la capital de la rica isla inglesa, llamada Trinidad. La situación de esta meseta, que nada tiene que envidiar á los lugares más pintorescos de Suiza y de Italia, le asigna aquel excelente destino.

Á los directores de la fábrica de Laventille se les ocurrió un feliz pensamiento; colocar en elevado pedestal una estatua de María que fuese como pararrayos protector de la ciudad y de la isla, como faro luminoso que dirigiese los corazones y los espíritus en medio de las tinieblas que producen la duda y las pasiones; y el proyecto se realizó. El Sr. Arzobispo celebró misa rezada y bendijo la estatua en presencia de las familias más distinguidas de Puerto España. Dicha estatua mide ocho pies de altura, alrededor de su cabeza tiene aureola con esta inscripción: *Yo soy la Inmaculada Concepción*. Á sus pies se leen estas palabras del libro de los cantares: *Posuerunt me custodem*. Aquí me pusieron para que los guarde.

Habiéndose derrumbado el pedestal á causa de las lluvias, en 1882 volvió á reedificarse con más solidez y le bendijo Monseñor Hyland, Obispo coadjutor. El primer cuerpo mide 20 pies de altura y de allí arranca una elegante escalera, costeadá por los chinos católicos residentes en la isla, que conduce á una azotea, en medio de la cual se eleva un pedestal de seis pies de altura que soporta la estatua y en donde pueden estar de pie veinte personas. En el frente de la torre se halla grabada la inscripción: *Spes nostra, salve*: Salve, esperanza nuestra; y otra al pie de la escalera, supone que María dice:

Qu' il vienne à moi celui qui pleure,  
Mon coeur est un asile à tous les coeurs souffrants:  
Ce Santuaire est leur demeure:  
Tous les chrétiens sont mes enfants (1).

En Marzo de 1886 se bendijo la primera piedra del santuario que hoy existe. Celebróse con este motivo solemnisima fiesta, á la cual concurrieron el Príncipe Enrique de Berlín y su esposa la princesa Aldegunda, condesa de Bardi, hija de D. Miguel, rey destronado de Portugal. Con fuertes donativos de estos ilustres viajeros y limosnas colectadas entre los fieles, se ha podido dar cima á la obra.

La capilla es de estilo gótico de 68 pies de largo por 32 de ancho. Las peregrinaciones de miles de fieles no han disminuído en el curso de los años. Por el contrario, parece que cada día aumenta la devoción y el amor á la Virgen bendita de Laventille. La colonia portuguesa cada año celebra el 15 de Agosto una fiesta en su santuario. Principió en el año 1885, y hé aquí como la refiere un testigo ocular.

«Si te hubieras encontrado en Puerto España, habrías presenciado un espectáculo verdaderamente magnífico; y como muchos habitantes de aquella ciudad, habrías pasado largas horas admirándolo. Bien conoces á Laventille; es para Puerto España lo que Fourvières para Lyon: una torre de piedras, coronada por una estatua de la Santísima Virgen, que domina la ciudad y desde la cual se goza de uno de los más bellos panoramas, que ofrecen las Indias occidentales. Pues bien, el sábado, día de la Asunción, hallábase de tal modo iluminada

(1) Vengan á mi los que lloran, pues mi corazón es el refugio de los afligidos, este Santuario les pertenece y todos los cristianos son mis hijos.

esta torre que parecía de fuego. Era una de esas noches que solo se ven en los trópicos: todo en completa calma, limpio de nubes el cielo; y la luna, en su cuarto creciente, rodeada de multitud de estrellas, parecía presidir este grandioso espectáculo. La torre iluminada semejaba un faro incomparable: de allí partían á larguísimas distancias haces de luz y coronas de fuego, que elevándose hacia el cielo con el estampido de reiterados truenos, rendían homenaje á la reina de la noche, y al fin subió del monte una imagen de llamas, la Virgen con el Niño en los brazos, cerniéndose en el azul del cielo, rodeada arriba de estrellas y aclamada abajo por veinte mil espectadores, y que después de haber permanecido así por algunos instantes entre el firmamento y la tierra, como para bendecir la ciudad, desapareció, seguida del prolongado clamor de la multitud entusiasmada.

Pero ¿cuál era la causa de tan extraordinaria iluminación? ¿Por qué tantos fuegos artificiales? Veámoslo.

Bien sabes que Puerto España es quizá una de las ciudades más cosmopolitas del mundo; como consecuencia de esto, hállanse allí un gran número de portugueses: y aunque algunos de ellos se han hecho protestantes por razones que más adelante diremos, la mayoría es católica. Los portugueses católicos, en la mayor parte comerciantes, se han hecho ricos casi todos á fuerza de economías y trabajos. Hace como diez años que fundaron una asociación, á semejanza de otra famosa que hay en su país natal, la isla de Madera, en donde existe sobre una montaña un templo querido de todos los habitantes, visitado constantemente, y sobre todo el día de la Asunción, fiesta de la Patrona del Santuario, que posee una Virgen milagrosa cuya historia data de antiquísima fecha.

La iluminación de aquel Santuario llamado de Nossa Senhora do Monte, en la fiesta que allí se celebra en

dicho día, y en especial la procesión final, parece exceder en rumbo á toda ponderación; pues el solo recuerdo de tales solemnidades llena de contento el corazón del portugués que las haya visto.

Los portugueses de nuestro Puerto, que vieron el laudable propósito de renovar en tierra extranjera aquellas queridas fiestas de la patria, bajo la dirección de los Reverendos Padres Marine, François y Jacinto redactaron un reglamento, adoptaron el traje pintoresco de la cofradía de Madera y comenzaron á celebrar la fiesta de la Asunción, en la Capilla fundada por el Padre Marie François para los culies, en Río Seco, sobre un collado muy cerca de Puerto España. Habiendo hallado la Capilla demasiado pequeña, escogieron al efecto la Iglesia de New Town, en donde solemnizaron su fiesta predilecta durante cuatro ó cinco años. Pero como esta Iglesia se halla en una planicie y la iluminación no ofrecía semejanza con la de Nossa Senhora do Monte, ni se veían bastante los fuegos artificiales, resolvieron hacer dicha festividad en Laventille, que les parecía más á propósito para refrescar los recuerdos de la infancia.

La iluminación de la vispera no tiene igual en los anales de Puerto España, y las personas que subieron al monte pasaron de 2500.

La iglesia, aunque bastante capaz, no bastaba para contener la multitud que hasta allí había llegado. Los miembros de la cofradía portuguesa, con su bello traje, ocuparon los asientos del coro, que parecía de Canónigos, pues sobre los vestidos ordinarios, aquellos usan para el acto una especie de sobrepelliz blanca y muce-ta azul de apariencia distinguida. El Presidente tenía en la mano un bastón terminado en cruz, y el Tesorero una llave de planta. Después de la fiesta depositaron dichos empleados en manos del Prior sus insignias, que

el domingo siguiente habían de ser entregadas á los nuevos funcionarios.

La capilla había sido adornada con muchísimo gusto y gracia por los mismos portugueses; las paredes desaparecían debajo de las colgaduras, los altares estaban cubiertos de ramilletes y sobre el mayor se leía esta inscripción portuguesa: *Socorro dos Christães, o. p. n.* y otra mayor hecha de flores: *O Maria, concebida sem pecado, rogai por nos, que recorremos a vos*; en lo alto del altar estaba colocada una estatua de Nossa Senhora do Monte, copia de la que existe en Madera, y que debía sacarse en procesión por la tarde. Esta imagen, muy parecida á la de Fourvières, tiene al Niño Jesús reclinado en sus brazos. Ese día estaba magníficamente vestida.

Las vísperas comenzaron á las tres, cuando no había menos de 2000 personas sobre la colina, y como la Capilla apenas podía contener 600, un gran número se hallaba á la sombra de los mangos que la rodean. En seguida prediqué en inglés, que es el idioma que más conocen los portugueses después de la nacional, en la que bien hubiera querido yo hablarles. Terminó el sermón, empezó la procesión que todo el mundo esperaba.

Gran trabajo costó á los agentes de la policía abrir camino en medio de aquella aglomeración de gente. Delante de la procesión iba un cofrade con la gran Cruz de plata de los portugueses; luego seguían los músicos con varios instrumentos raros, entre los cuales se distinguía un árbol metálico, de cuyo extremo superior pendían muchas campanillas de plata, y que al sacudirlo, armonizado con los otros, producía agradables sonidos. Después marchaban los acólitos, los cofrades, la estatua de Nossa Senhora, colocada sobre unas magníficas andas que cargaban cuatro socios y rodeada de una multitud de todos los colores y países.